

Holgazanería política. ("La Publicidad", Barcelona, 1 noviembre 1915)

HOLGAZANERÍA POLÍTICA



Mi buen amigo Marcelino Domingo es un patriota español muy optimista, muy esperanzado. En "España", el semanario de la vida nacional que se publica en Madrid, y en el número del 19 de este mes de octubre, ha publicado un artículo: "La semana parlamentaria", comentando la discusión del proyecto de ley en que se proponía el arriendo de las minas que posee el Estado en Almadén. Y al bueno de Marcelino Domingo, optimista patriota español, le ha levantado el corazón el espectáculo que daban los diputados acudiendo en considerable número a oír la lectura de textos y de estadísticas.

Era una discusión, nos dice Domingo, en que no es posible aportar metáforas, ni preparar latiguillos ni ser grandilocuente. Dejemos por ahora que no hay discusión alguna, sea de lo que fuere, en que no sea posible aportar esos ingredientes y dejemos también que las estadísticas no suelen ser más que latiguillos muchas veces. Porque ojo con la estadística, que a las veces resulta la más metafórica de las metáforas! ¿Pues qué? ¿no suelen ser los "aficionados"—los por antonomasia, es decir, a los toros—aficionados a la estadística y no llevan en la plaza la cuenta de las varas y los pases de muleta de una o de otra clase y las estocadas que recibe cada toro? Lo que no quita que vayan al husmo del hule. Y así en esa discusión sobre el arriendo de las minas de Almadén entre los dos gallos financieros de hoy en nuestro Parlamento, los señores Alba y Lacierva, los diputados aficionados oían pacientemente las estadísticas, pero esperaban, de seguro, si de pronto, cuando menos se esperase, había una cogida con más o menos de hule.

"Es el espíritu nuevo", nos dice Domingo. ¡Ojalá! digo yo. Aunque me parece difícil que surja el espíritu nuevo de un Parlamento viejo, viejísimo, que es el mismo de hace cuatro, de hace cuarenta años.

"Los diputados que han mediado en el debate han fundamentado sus argumentos en testimonios de razón: lectura de textos, de informes; cotejo de estadísticas; revisión de códigos; análisis de preceptos legales... Y no sólo esto tampoco. El ministro, la comisión que anteriormente, por toda la vida, hacían cuestión cerrada de su proyecto de ley y de su dictamen, ahora han delegado su amor propio ante las enmiendas de las minorías, ante las adiciones o supresiones que se justificaban de necesidad. No ha sido la mayoría, desplomándose como un aluvión con el número de sus votos: ha sido la colaboración en el desarrollo y la unanimidad al final. Derechas e izquierdas han puesto religiosamente en la obra su santa mano."

Esto es que Alba, que no es un hombre tozudo aunque sea tenaz, sabe sa-

crificar lo accesorio para salvar lo principal y va a hacer, sí, lo que ahora pueda, pero a preparar lo que mañana se pueda hacer. Ha hecho de sus proyectos de Hacienda una bandera de gobierno, la única que hoy tiene el partido mal llamado liberal, y pueden llegar a ser todo un programa. Y como el señor Lacierva se preparaba también para hacendista, de ahí el duelo.

Declaro que los proyectos financieros de Alba me parecen bien, muy bien en general. Y hasta he visto en ellos algo de lo que durante algún tiempo predicamos aquí algunos compañeros—uno de ellos hoy diputado de la mayoría—en una campaña agraria. Me parecen bien en general esos proyectos y muy liberales—aunque no lo crean así algunos—, pero si la mayoría los apoya no es porque sean, como creo que son, liberales y democráticos, sino porque ven en Alba un muy probable jefe del partido y porque no creen en la perdurabilidad de Romanones, al cual empiezan a tratarle, hasta antiguos amigos, como a un valor descomulgado a no largo plazo. Porque a los más de los diputados de la mayoría les tienen sin cuidado esos y cualesquiera otros proyectos. Y la enfermedad es tan terrible que he conocido diputado que no fué a votar ni siquiera contra un proyecto de ley que le perjudicaba.

No me lo querrá creer mi amigo Marcelino Domingo, el patriota optimista, que no conoce bien estas tierras ni las de más al mediodía y que procede de esa Cataluña tan hondamente política, tan preocupada de sus problemas, no me lo querrá creer, pero por aquí habría diputados y senadores latifundarios que no se molestarían en ir a la sesión cuando se discutiese y votase un proyecto de ley contra los latifundios si a la misma hora había toros o cupletistas o estaba de caza de piezas de campo o de piezas de alcoba. Hay que conocerlos. Son de la misma casta de los que por ser aplaudidos en una plaza de toros como ganaderos, casi como padres de los toros o por lo menos como maestros, se perjudican en sus propios intereses. Y esos mismos diputados y senadores que no van al Parlamento ni cuando se trata de votar una ley que les atañe—y cual si no tuviesen juicio—son capaces de echar miles de duros cuando alguien va a disputarles el acta que creen les corresponde por juro de heredad. ¿Negocio? No, sino vanidad. Son acaso más los que se han perjudicado y hasta arruinado con este género de política que no los que han medrado con ella. Hay que conocerlos. Es la vanidad de la tontería.

Marcelino Domingo diserta luego con gran sinceridad sobre el organismo viejo que es más firme que el espíritu nuevo. Y nos dice lo que es el organis-





mo viejo. Y aquí, al decir esto, lanza, como buen optimista, sus quejas de pesimismo. Aquí se lamenta de que la energía española no es la inglesa. Y acaba diciendo:

"Francia va revisando todos sus valores, lanzando la escoria y salvando el oro fino. Esta renovación, esta revisión total no se realiza en España. Los intereses creados, los obstáculos tradicionales, la oligarquía y el caciquismo siguen en su sitio, batiendo cien batallas para conservarlo. No podrá echarlos de él un precepto legal; no podrá extrañarles la obra que, con afán religioso, realizan todas las tardes en el Parlamento una docena de diputados que sienten la responsabilidad.

El espíritu nuevo en España, para no morir, ha de tener aliento de fuego. Ha de volar y ha de quemar."

¡Muy bien! Pero hay, amigo Domingo, algo peor que los intereses creados, peor que los obstáculos tradicionales, peor que la oligarquía y el caciquismo. Porque los intereses creados, los obstáculos tradicionales, la oligarquía y el caciquismo, son cosas en que cabe pasión y para defender las cuales hace falta esforzarse y pelear. Lo peor es lo otro, el horror al esfuerzo, la horrible holgazanería, que a las veces se disfrazaba de deporte o de afición, que infesta como paludismo espiritual estas mismas tierras no libres del otro paludismo. Porque hay muchos que no es que no tengan ganas de trabajar, sino que tienen ganas de no trabajar. Hay que conocerlos.

Y así hombres laboriosos, activos, enérgicos, sea cual fuere lo que pensemos de su labor, actividad y energía, como son, indudablemente los señores Alba y Lacierva, parecen dominar un momento al Parlamento. Pero al fin pesarán más los otros, los palúdicos, los de la neutralidad en todo y para todo. Porque neutralidad aquí quiere decir holgazanería y el que se declara neutral en algo es que tiene pereza de pensar. Y la pereza de pensar proviene de incapacidad de pensar.

Hay ganadero que se dedica a criar reses bravas, aunque esto les sea a la larga menos económico y provechoso, porque el mejorar sus ovejas de lana o el criar ganado de vacuno de carne o de leche u otra industria pecuaria le exigiría más esfuerzo mental, más diligencia, más trabajo. Porque hay que reirse de eso de "el inteligente ganadero" cuando se trata de criar reses bravas. Para eso no se necesita mucha más inteligencia que la de la res misma. O la del "aficionado", que es igual.

Bien lo sabe nuestro amigo Domingo; lo terrible de nuestro Parlamento es que, en el fondo, allí a nadie le importa nada de nada, ni aun de lo que le atañe. Es un casino más que se va a charlar, a escribir cartas, a darse importancia ante los electores paletos que van a pedirles algo, a matar el tiempo y a asistir a la sesión cuando no hay otra cosa que hacer o cuando se husmea que habrá alguna pequeña bronca o en una

de esas vergonzosísimas sesiones llamadas solemnes en que se rompen las esclusas del estancado fangal de nuestra pésima retórica barroca castiza. No hay allí pasión. Es decir, no hay sino holgazanería.

Ayer, lunes 23 de octubre, no hubo sesión por ser día encajonado, como dicen aquí los estudiantes de Medicina, pues está entre el domingo y el día de hoy, 24, martes, de vacación oficial por ser el cumpleaños de S. M. la reina doña Victoria. Y en estos días así, encajonados, parece que los diputados, como aquí los estudiantes de medicina, no entran en clase. ¿Para qué? Y suele haber huelgas de diputados, como las hay de estudiantes, y con los unos como con los otros hay que anticipar las vacaciones. Y esto es peor, cien veces peor que los intereses creados y los obstáculos tradicionales y la oligarquía y el caciquismo.

Como que si la oligarquía y el caciquismo persisten por acá, por estas tierras, no se debe más que a la holgazanería. La tan mentada resignación del hombre de las estepas no es más que holgazanería. Nació cansado y deja que otro brazo le oprima por no levantar el suyo. Y más que por cuidado por holgazanería. Lo que quiere es dormir; dormir más que soñar, que el soñar también cansa. La vida es dormir, no sueño. Lo que quiere es durar, no vivir. Y dura la roca, vive la mariposa.

Machacamos en hierro frío, que la holgazanería es la frialdad misma. Machacamos en hierro frío para calentarlo a martillazos y que al fin llegue quien lo tome caliente y lo moldee. Pero el hierro es más fuerte que nuestro brazo y como tenemos que descansar, en nuestros momentos de descanso, por breves que sean, vuelve el hierro a enfriarse. Machaca nuestro amigo Domingo, pero como aun es joven y no hace mucho que empezó a machacar, y empezó en esa su tierra catalana, donde el hierro está caliente, no tiene aún cansado el brazo. Pero ya verá si sigue en ese heladero del Parlamento lo que es la pavorosa holgazanería nacional.

MIGUEL DE UNAMUNO

